

MIRADA A LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

La singular posición de la ciudad de A Coruña, ubicada en un hercúleo brazo de tierra rodeado por el océano, hace que las pequeñas elevaciones que la rodean, aun sin alcanzar una gran altura, hayan tenido una importancia decisiva en la identidad, configuración urbana, y –en determinadas ocasiones– organización de la defensa de sus habitantes. Lugares como Os Castros o Elviña perviven como parte fundamental de su historia.

El monte de San Pedro, otra de las pequeñas colinas circundantes, tardaría por el contrario bastante tiempo en incorporarse a la vida de la urbe. Siempre había estado presente de algún modo: como la primera sombra vespertina sobre la playa de Riazor, como el

marco que cierra por el oeste el horizonte atlántico, como una silueta velada por la niebla o eclipsada al atardecer, distante y ajeno a los ciudadanos.

La metrópolis, en su tránsito de la modernidad a la contemporaneidad, puso en diálogo los lugares históricos –aquellos con identidad, con memoria, portadores de significado– con un conjunto de zonas extrañas, imprecisas o deterioradas, como fábricas en desuso, terrenos vacíos y olvidados o neo-ruinas inexploradas. Supo sentir y aprovechar la oportunidad latente en estos espacios; reconocerlos, reconquistarlos e integrarlos como parte de su desarrollo convirtiéndolos de esta forma en órganos vitales de la nueva ciudad.



En San Pedro se ponen de manifiesto dos de los ingredientes ignorados, incluso evitados y denostados por la ciudad histórica, que se incorporan en el proyecto de la ciudad contemporánea. Mientras una antigua zona de vertido de basuras, con una dramática historia en sus entrañas, se regenera como superficie de recreo en el vecino parque de Bens, las instalaciones militares levantadas para contrarrestar ataques marinos y aéreos se transforman en el elemento patrimonial más reconocible del nuevo pulmón de la ciudad, logrando también un inédito mirador.

Los dos cañones Vickers 381/45, erigidos como parte del Plan de Defensa Costera firmado por Primo de Rivera y finalizado durante la Segunda República, acompañados de cámaras de carga, puesto de mando, salas de máquinas, almacenes y construcciones complementarias, nos hablan de la importancia que durante décadas tuvo el Golfo Ártabro en la geopolítica global. Ya no es el plano de las casas y las murallas inmediatas, sino el de los sectores de fuego sobre el mar, cubriendo arcos próximos a los cuarenta kilómetros, el que nos recuerda la historia de la ciudad dentro de un orden mundial.

En junio de 1999 fue inaugurado el parque de San Pedro incluyendo la zona de las antiguas baterías de costa, ya desmilitarizadas. Dos años más tarde se inauguraba el de Bens. Ambas zonas verdes introducen la ciudad en el nuevo siglo y simbolizan la recuperación de espacios marginales y abandonados para uso y disfrute ciudadano. En su interior, los cañones permanecen como nuevos monumentos: las colosales máquinas ingenieras para la guerra, tan precisas que pocas veces hubo que utilizarlas, como hitos en el paisaje.

A su lado, la arquitectura brutalista del bunker, con su hormigón descarnado, convive en la actualidad con otras piezas más recientes y lúdicas, entre laberintos y esferas. Ascender hasta la cima del monte de San Pedro nos ofrece ahora la posibilidad de mirar la complejidad de la ciudad contemporánea, con sus aciertos y sus errores, pero también de reconocernos ante la inmensidad del océano y de la historia y observar cómo las huellas de la memoria pueden servir para dar forma a nuevos lugares.

English translation on page 93 

